

zel y los Trenck. Viéronse, como en los peores días del siglo XVII, mujeres violadas en medio de la calle y luego arrojadas al fuego; niños muertos en sus cunas; hombres mutilados ó colgados cuando se negaban á satisfacer la sed de oro de los Croatas y de los Panduros (1). En la guerra de los siete años, hubiérase dicho que todas las malas pasiones se habían desencadenado. Los historiadores buscan comparaciones para censurar á los Rusos: uno dice que se condujeron como los Hunos y los Mongoles; otro que hay muy poca diferencia entre los Rusos y los Iroqueses (2).

Hay que entrar en algunos detalles, aunque no sea más que para enseñar á los hombres del siglo XIX que el tiempo en que viven vale más que los tiempos antiguos, que con tanta frecuencia les presentan como un ideal. Dejemos la palabra á los contemporáneos. Federico II escribe en 1761 al marqués de Argens: "Los Rusos se han excedido á sí mismos en punto á horrores; Busiris y Faralis se conmovieron, á pesar de su inhumanidad.", "No podré, escribe al príncipe Enrique, en 1753 daros una idea de todas las barbaries que cometen esos infames, pues se me erizan los cabellos.", (3). Léese en una historia de la guerra de los siete años, escrita por un testigo ocular: "Los Rusos renovaron los excesos de los Hunos. Mataban y mutilaban á las personas inofensivas solamente por divertirse; á unos los colgaban de los árboles, á otros les cortaban la nariz ó las orejas ó las piernas, les abrían el vientre ó les arrancaban el corazón. Violaron las tumbas y esparcieron los huesos por la tierra. Ponían á los nobles y á los sacerdotes sobre carbones encendidos, para concederles alguna distinción en sus tormentos, y degollaban á los niños á la vista de sus padres. Algunas mujeres se mataron para librarse de la violencia de aquellos brutos.", Los Austriacos, dice el mismo escritor, no valían mucho más que los Rusos (4).

¿Deberemos culpar únicamente, para explicar esos horrores, á las hordas medio salvajes que llenaban los ejércitos del Austria y de Rusia? Las acusaciones de los contemporáneos son generales;

(1) SCHOBLL, *Curso de historia*, t. XXXIX, p. 263.—ZSCHOKKE, *Geschichte Baierns (Historische Werke*, t. XII, p. 129 y 143.

(2) SCHOBLL, t. XXXIX, p. 25.—FEDERICO II, *Carta á d'Argens*, tomo XIX, p. 131.

(3) FEDERICO II, *Obras*, t. XIX, p. 249; t. XXVI, p. 184.

(4) ARCHENHOLTZ, *Geschichte des siebenjährigen Krieges*, página 48, 197.

no distinguen entre los Cosacos y los Rusos, entre los Panduros y los Austriacos. Federico II culpa en primer término á la naturaleza humana. Quejándose al marqués de Argens de que la guerra horrible en que se hallaba empeñado era cada día más bárbara, añade: "Este siglo civilizado es todavía muy feroz, mejor dicho, el hombre es un animal indomable en cuanto se entrega al furor de sus pasiones desenfrenadas.", En efecto, los Franceses, esa nación tan dulce, cometían á veces crueldades dignas de los Panduros, dice el rey de Prusia (1). "Parece, escribe á Voltaire, que se ha olvidado en esta guerra lo que son los buenos procedimientos y el decoro. Los pueblos más civilizados hacen la guerra como las fieras. Me da vergüenza por la humanidad y por el siglo. Confesemos la verdad: las artes y la filosofía no se propagan más que entre un número reducido de personas; la gran masa, el vulgo de la nobleza, sigue siendo lo que los ha hecho la naturaleza, es decir, animales mal intencionados.", "La especie humana, dice en otra parte el rey filósofo, cuando se la abandona á sí misma, es brutal, feroz y bárbara... Este es el verdadero mal que produce la guerra. Echa á perder las costumbres, y vuelve al hombre al estado salvaje, dando rienda suelta á sus pasiones brutales.", (2).

Lo que dice Federico de la influencia desmoralizadora de la guerra es profundamente verdadero. Pero ¿no hay exageración en acusar á los hombres de barbarie irremediable? Creemos poder responder que el rey filósofo calumnia á la naturaleza humana. La filosofía del siglo XVIII presentaba la singularidad y la contradicción de que á la vez que exaltaba á la humanidad, rebajaba al hombre. Cuando se separa al hombre de Dios, no es más que una pobre, una miserable criatura. Esto es lo que hicieron los filósofos materialistas; no vieron en él más que la materia, y despreciaron este puñado de barro. Nosotros rechazamos esta filosofía y con la historia en la mano nos es fácil probar que, si el hombre es imperfecto, no está condenado á vivir eternamente la vida de los animales. Hemos tenido en nuestro siglo grandes guerras; no han faltado pasiones. Sin embargo, no se han oído las quejas que á cada momento repite Federico sobre la barbarie de la especie humana. ¿Por qué fueron más

(1) *Cartas á d'Argens (Obras*, t. XIX, p. 56 y 45).

(2) *Cartas á Voltaire y á d'Argens (Obras*, t. XXIII, p. 35; tomo XIX, p. 131).

cruelas las guerras del siglo XVIII? Hay una causa de que no habla Federico; aunque filósofo á la manera de Voltaire, sigue siendo rey; le gusta más culpar al pueblo, á las masas, que á los príncipes y á los generales. Si fijamos la atención, veremos que las emperatrices son más culpables que las tribus bárbaras que lanzaban contra el rey de Prusia.

Esta acusación no es nuestra. Un escritor italiano ha sido el primero que ha dicho que María Teresa contribuyó más que ninguno de los soberanos de su tiempo á dar á las guerras del siglo XVIII un carácter atroz. Era vengativa, dice Sismondi, y en su resentimiento no calculó nunca lo que su venganza debía costar á la humanidad (1). Sigamos un momento á los Austriacos en Génova; veremos si este juicio es demasiado severo. María Teresa obligó á los Genoveses á declararse sus enemigos volviéndoles á tomar á Fissola, que su padre les había vendido, y amenazándolos con venderlos al rey de Cerdeña. Cuando se apoderó de Génova por capitulación, trató á los habitantes, no como á vencidos, "sino como á culpables, como á seres dañinos no pertenecientes á la raza humana y que es lícito extirpar.", El marqués de Botta les dijo que no les dejaría más que los ojos para llorar. Un ministro francés dice que los austriacos sobresalen en esta baja y útil cualidad de perseguir hasta el último extremo á sus enemigos vencidos. De Argenson tiene razón para calificar de bajeza aquel abuso de la fuerza: ¿qué eran los genoveses en comparación del poder austriaco? El marqués de Botta cumplió su palabra. Cada vez que anunciaba á los desgraciados genoveses una nueva extorsión, repetía sus amenazas: caso de negativa, el pillaje, el incendio y la matanza. "Mi corazón es demasiado sensible, añadía, para presenciar esta última escena; y si me veo obligado á dar la orden de degollar á todo el mundo, me retiraré con mis oficiales; los soldados por sí solos sabrán ejecutarla.", ¡Admiremos la humanidad austriaca! Por esta vez su política brutal no fué tan útil como lo dice de Argenson. Un día unos soldados quisieron obligar á la gente que pasaba á tirar de un mortero; una lluvia de piedras fué la señal de la rebelión. Durante cinco días, el pueblo abandonado á sí mismo, porque los nobles tuvieron cui-

dado de encerrarse en sus palacios, se batió en las calles; y el marqués de Botta se vió obligado á huir dejando cinco mil muertos (1).

Sin duda Federico II pensaba en esta manera austriaca de tratar á los vencidos cuando escribía: "La guerra presente se distingue de todas las demás por cierto encarnizamiento terco y atroz que caracteriza el espíritu de nuestros políticos modernos.", (2). El rey historiador refiere algunos rasgos en los cuales veremos figurar á la emperatriz, aunque no para honra suya. Á pesar de lo convenido entre Rusia y Austria, la corte de Viena se negó obstinadamente al cange de prisioneros. Además, el gobierno pagaba mal á los oficiales así como á los soldados, y obligaba á éstos, por el rigor con que los trataba, á entrar á servir en las tropas austriacas. Por fin, los generales prusianos se quejaron al general Loudon: "Parece, decían, que los austriacos renuncian á los usos que los cristianos observan en sus guerras, y que adoptan los principios de los infieles, que tratan á los prisioneros como esclavos, no admitiendo nunca rescate.", Loudon respondió "que la emperatriz se creía dispensada de cumplir sus compromisos con el rey de Prusia; que no había que pensar en el convenio; que no cumpliría su palabra en nada, y que haría de los prisioneros lo que tuviera por conveniente.", El general austriaco, avergonzado de lo que le hacían escribir, añadió de su mano, al final de la carta, "que esperaba que por el estilo se conocería que aquel escrito no había salido de su pluma.", ¡Hé aquí la pasión de la venganza en toda su pequeñez! Federico II añade esta observación: "Cualquiera que fuese el odio que la emperatriz tuviera al rey de Prusia, ¿no debía conocer que, faltando á su palabra á quien quiera que fuese, á nadie perjudicaba más que á sí misma?", (3).

Federico II refiere aun otro hecho que prueba que había realmente un sistema preconcebido en Viena de faltar á toda observación del derecho admitido entre las naciones. Le citaremos para que no se diga que acusamos de ligero á una princesa cuya memoria es aún hoy grata á los habitantes de

(1) BOTTA, *Storia d'Italia*, lib. LXV.—MARTÍN, *Hist. de Francia*, t. XV, p. 299 y siguientes.

(2) *Carta de la duquesa de Sajonia-Gotha, de 1760 (Obras*, tomo XVIII, p. 183).

(3) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años*, c. XIV (Obras, t. VI, p. 130).

(1) SISMONDI, *Hist. de los Franceses*, t. XV, p. 471.



Bélgica; pero si María Teresa ha dejado tan buen recuerdo, lo debe á las medidas imprudentes de su hijo. En cuanto á ella, no había peligro de que se dejase llevar más allá de lo que se preponía por las aspiraciones generosas que extraviaron á José II. El rey de Prusia dejó en libertad á los oficiales sajones bajo su palabra de no servir más contra él. ¿Qué hicieron María Teresa y Luis XIV? Los eximieron de aquel compromiso, y muchos, dice Federico, fueron bastante canallas para obedecerlos. "La historia, añade, no presenta ejemplo de semejante falta de fe. En siglos de ignorancia se encuentran papas que eximían á los pueblos del juramento de fidelidad que habían prestado á sus soberanos: se encuentra un cardenal, Julián Cesari, que obliga á un Ladislao, rey de Hungría, á violar la paz que había jurado á Solimán. Este crimen que autoriza el perjurio había sido peculiar de algunos pontífices ambiciosos é implacables, pero nunca el de los reyes, en los cuales debería encontrarse la buena fe si algún día se perdiese en toda la tierra," (1).

El último rasgo es característico. Ningún poder humano puede dispensar del cumplimiento de una palabra de honor. Sin embargo, hé aquí una emperatriz y un rey, ambos adictos á la religión católica, que dispensan á los oficiales de una promesa que no ha violado nunca un hombre de bien. ¡De suerte que los reyes pueden convertir la infamia en honor y el honor en infamia! Es decir, que pueden todo lo que conviene á su interés, y que es una inocentada hablar de derechos de gentes donde domina la monarquía. Federico II nos dará una nueva prueba. Ese mismo rey que tanto encomiaba la fe de las promesas, faltaba á ella siempre que se presentaba ocasión. En nuestra opinión es más culpable que María Teresa. La emperatriz no había escrito una refutación de Maquiavelo; sus sentimientos eran tan limitados como su talento. Con Federico tenemos el derecho de ser exigentes.

## § II.—La diplomacia.

### I

Diderot termina un artículo sobre el maquiavelismo con estas palabras: "He oído decir que, in-

(1) FEDERICO II, *Hist. de la guerra de los siete años*, c. IV (Obras, t. IV, p. 15).

terrogado un filósofo por un gran príncipe acerca de una refutación del maquiavelismo que acababa de publicar, le respondió: "Señor, yo creo que la primera lección que Maquiavelo hubiera dado á su discípulo habría sido refutando su obra." Esta sátira, aunque justa en el fondo, es excesiva. Creemos que Federico obraba de buena fe cuando escribía el *Anti-Maquiavelo*. Hay más: no es tan grande la oposición como se cree entre la doctrina del político y la que Federico profesa en su refutación. Al rey y al publicista les falta poco para entenderse. Sabemos que no es esta la opinión general. Rousseau puso esta inscripción debajo de un retrato de Federico: *Piensa como filósofo, pero obra como rey*. Y al dorso añadió este verso: *La gloria y el interés son su Dios y su ley (a)*. Á nuestro juicio, la filosofía del *Anti-Maquiavelo* no vale más que la política del rey de Prusia.

Es difícil refutar á Maquiavelo sin decidirse por la justicia contra el interés. El príncipe real no escasea la inculpación de mala fe al célebre escritor; llega hasta el insulto: "Maquiavelo ignora el catecismo de la justicia, no conoce más que el interés y la violencia... Si Maquiavelo hubiera compuesto una recopilación de bribonadas para uso de los ladrones, no habría resultado una obra más censurable que ésta." ¿Qué queda si se suprime la idea de la justicia? La fuerza: "Si á ejemplo de Maquiavelo, se aconsejase destruir la justicia, se trastornaría seguramente todo el universo; nadie se contentaría con los bienes que posee, todos envidiarían los de los otros. Uno se apoderaría de los bienes de sus vecinos, y detrás vendría otro que le despojaría á su vez; no habría seguridad para nadie: *el derecho del más fuerte sería la única justicia de la tierra*," (1).

Estas palabras confirman plenamente la doctrina que hemos sostenido en este *Estudio*. La política de los reyes no es otra que la del interés, y Federico II nos enseña que conduce directamente el dominio de la fuerza. La cosa es tan evidente, que podría parecer inútil insistir tanto. Pero la evidencia no ha impedido que los reyes se separan del camino de la justicia para seguir el del in-

(a) Estas dos frases forman en francés un distico.  
*Il pense en philosophe et se conduit en roi.  
La gloire, l'intérêt, voilà son Dieu, sa loi.*

(N. del T.)

(1) *Refutación del Príncipe de Maquiavelo*, c. v. XIV, XIX, XXIV (Obras, t. VIII, p. 107, 76, 123, 270).

terés. Preciso es que haya algún sofisma que los ilusione ó que los ayude á engañar al mundo. ¿Quién no conoce este sofisma? Es que hay dos morales: una para los individuos en las relaciones particulares de la vida, otra para los reyes en el gobierno de los Estados. Oigamos á Federico acerca de esta doble moral: no habla ya el príncipe real, sino el rey.

En medio de los horrores de la guerra de los siete años, Federico II escribió la *Carta de un Suizo á un noble Veneciano* (1). En ella sostiene que no hay más que una moral: "Si consultáis á Maquiavelo, dice, veréis que todos los medios son buenos, con tal que sirvan al interés y á la ambición de los príncipes. Esta es la moral de los malvados. Estas máximas son tanto más espantosas, cuanto que, si todos las practicaran, valdría más vivir en sociedad con los tigres, con las panteras y con los leones, que con los hombres que así procedieran. Si hojeáis á Hugo Grocio, veréis que este prudente y sabio jurisconsulto no admite más que una moral para todos los hombres, en razón á que las acciones son buenas ó malas por sí mismas, sin que las personas que las ejecutan hagan variar su calidad ni naturaleza."

Federico escribió esta bella refutación de la doble moral después de haber faltado más de una vez á los compromisos que había contraído como rey. ¿Se propone, pues, condenar su pasado? No. En una carta al rey de Polonia que añadió á la *Historia de la guerra de los siete años* (2) dice: "Toda mi vida he hecho profesión de honradez y probidad, carácter que creo superior al de rey, posición en que me ha hecho nacer la pura casualidad." Esta es la política que predica el príncipe en cada página del *Anti-Maquiavelo*: "Ninguna consideración le parece bastante poderosa para mover á un hombre de bien á separarse de su deber," (3). Federico opina que, en definitiva, la honradez es el mejor cálculo: "La mala fe, dice, es hasta una falta de tacto en política si se abusa de ella... Sin tener en cuenta más que el interés de los príncipes, sostengo que es muy mala política por su parte el ser falsos y engañar al mundo, no

engañan más que una vez, y esto les hace perder la confianza de todos los príncipes," (1).

Como se ve, Federico no deja nunca de profesar la justicia y la buena fe. La doctrina de la *Carta de un Suizo* es la del *Anti-Maquiavelo*, y el rey protesta más de una vez que jamás había faltado al honor. ¿Lo diría de buena fe? Es muy difícil escrutar los sentimientos de los príncipes y penetrar en los pliegues de su conciencia. Lo que permite creer que Federico pensaba sinceramente que sus cambios de alianza durante la guerra de sucesión no estaban en contradicción con sus principios, es que ya en el *Anti-Maquiavelo*, el joven príncipe pone una singular restricción á la teoría de la honradez: "Confieso, por otra parte, que hay necesidades en que un príncipe no podría menos de romper sus tratados y sus alianzas; pero no debe llegar á tal extremo *sin verse obligado por la salvación de sus pueblos y por una necesidad muy grande*." Hé aquí una excepción que destruye la regla. En admitiendo que la salvación pública es la ley suprema, la justicia no es ya más que una palabra sin sentido; los príncipes no la observarán sino mientras tengan interés en ello; pero cuando la ambición esté en contradicción con su deber, creerán que la salvación del pueblo exige que antepongan la ambición al deber. ¡Cosa singular! La ley de la salvación pública constituye la esencia de la política de Maquiavelo; de suerte que, á pesar de combatir á Maquiavelo y de llamarle bandido, Federico está en el fondo conforme con él. Veamos cómo el rey de Prusia justifica, por medio de su máxima, las violaciones más patentes de los tratados.

Federico insiste repetidas veces en la fe debida á los tratados (2). Diríase que su conciencia le murmura; pero la salvación pública viene en su auxilio, y gracias á esta máxima elástica queda como la nieve: "La posteridad, dice, verá en estas *Memorias*, tal vez con sorpresa, la relación de los tratados celebrados y rotos. Aunque esos ejemplos sean frecuentes en la historia, esto no justificará al autor de esta obra si no tuviera mejores razones para justificar su conducta. *El interés del Estado debe servir de regla á la conducta de los soberanos*. Estamos subordinados á nuestros medios y á nues-

(1) *El Anti-Maquiavelo*, c. XVIII, p. 121.

(2) Véanse los dos prólogos de la *Hist. de mi tiempo* (Obras, tomo II, p. 16 y 25).

(1) FEDERICO II, *Obras*, t. XV, p. 134.

(2) FEDERICO II, *Obras*, t. IV, p. 237.

(3) Esta frase se encuentra en el trabajo original de Federico; pero no ha sido reproducida en las ediciones impresas (Obras, t. VIII, p. 247).